

# Conjura de estadistas

¿Demasiada utopía?

*Por: Edgar Gutiérrez*

La coyuntura de mayo introdujo tensiones políticas sin salidas dramáticas; no obstante, han quedado cuentas pendientes en varios lugares. A juzgar por el conflicto que venía antes de esas semanas críticas y lo que ha quedado flotando en los medios después de que se calmaron las aguas en la superficie, el epicentro del temblor está en Renap. Un negocio público de Q860 millones que ha dejado a varios inconformes, a pesar de que la Corte de Constitucionalidad dijo que no había problema.

Hay un patrón de negocios metidos en la política que siempre despierta recelos en el mundo empresarial y alrededores. Ocurrió con Raúl García Granados en el gobierno del general Romeo Lucas García. Con Jorge Serrano y el negocio de la energía. Con las privatizaciones del grupo Arzú en su administración. Con Francisco Alvarado McDonald en tiempos de Alfonso Portillo. Las concesiones del grupo Berger. Y ahora Gregorio Valdés.

La fuerza telúrica de los negocios apalancados en el Estado depende de dos factores: a) el exceso y b) la pertenencia al establishment. Cuando los negocios son excesivos (o parecen tales) y no se es parte de la mesa suprema, que apenas tiene ocho puestos, el temblor puede convertirse en terremoto institucional. Jamás los negocios aparecerán en la superficie de las gestas cívicas o militares, porque la historia no se cuenta así, pero al final los intereses económicos siempre estarán soldando alianzas o legitimando movimientos.

Si bien en términos políticos vivimos en un territorio sísmico, es factible adoptar medidas de prevención para que los daños a la institucionalidad se mitiguen. Desde luego que la tarea es más complicada porque el edificio legal está muy maltrecho. Cuando Arzú decidió que las cortes –en el caso de las quiebras financieras– debían meterse, adoptando partido por los fuertes, en los pleitos entre particulares, el último reducto de la arquitectura del derecho se arruinó.

Emprender la reconstrucción demanda una conspiración de estadistas (en Casa Presidencial, las cortes, el Congreso, Ministerio Público y la Contraloría), porque lo que demanda otra vez esta coyuntura es una revolución institucional. En términos de Nicolás Maquiavelo esto sería que los príncipes traicionen al statu quo corrupto que medra de la arquitectura podrida. Es el arte de reinventar el Gobierno negando los compromisos particulares para asumir el verdadero compromiso histórico. ¿Demasiada utopía? En sí, no hay hombres ni mujeres extraordinarios, son las circunstancias que los hacen.